

LAS ACTITUDES DE LA POBLACIÓN ANTE EL CAMBIO POLÍTICO Y ECONÓMICO EN LA ARGENTINA Y CHILE*

Manuel Mora y Araujo y Paula Montoya

En este artículo se explora la evolución que ha experimentado la opinión pública en Argentina y Chile de acuerdo a los resultados que arrojan las encuestas de opinión. En un mapa con dos dimensiones: economía (estatismo *vs* economía de mercado) y estilo (nuevo estilo político *vs* viejo estilo político), Chile y Argentina aparecen ubicados en el cuadrante de la economía de mercado y del viejo estilo político, aproximándose a su vez al cuadrante de un nuevo estilo.

Las dirigencias políticas de Chile y Argentina, señalan los autores, enfrentan hoy nuevos y similares desafíos. En ambos países se espera menos del Estado, pero no se espera menos de la capacidad colectiva de generar respuestas a los problemas sociales. En lo político, la erosión de la confianza en los partidos va unida, al parecer, a nuevas demandas de participación ciudadana y estilo político (calidad de la representación, probidad, estilo de liderazgo).

MANUEL MORA Y ARAUJO. Licenciado y diploma de sociología (FLACSO).

PAULA MONTOYA. Licenciada en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica Argentina de Buenos Aires. Ambos se desempeñan en la firma consultora Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

* Trabajo presentado en el Seminario "Argentina/Chile: Desarrollos paralelos", Instituto del Servicio Exterior de la Nación, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires, agosto de 1996.

Estudios Públicos, 67 (invierno 1997).

A comienzos de la década de los 80, cuando se inició el ciclo democrático en la mayor parte de América Latina y en otras regiones del mundo, se desarrolló una corriente de análisis comparativos bajo el rubro genérico de la “transición”. La transición democrática fue centro de interés en todas partes; numerosos estudios buscaron comprender los distintos aspectos del proceso que llevaba de regímenes militares a democracias estables¹. Podemos situar a la presente contribución en esa corriente y definirla como un tardío aporte al estudio de la transición.

Ahora bien, hoy vemos que se trataba de algo más que de un proceso más o menos lineal que llevaba de regímenes militares a gobiernos democráticos y de economías cerradas e inflacionarias a economías estables. Esa era una transición, pero había otra más compleja: los principios del orden democrático y económico estaban ellos mismos en transición a un nuevo orden internacional y social. Las transiciones democráticas fueron relativamente más rápidas y fáciles de lo que tal vez podía imaginarse quince años atrás; la transición al nuevo orden es compleja y está recién en sus albores.

Este trabajo expone nuestras hipótesis e interpretaciones sobre los procesos políticos de la transición en la Argentina y Chile. Tratamos de extender nuestro análisis hacia la comparación del proceso argentino con el chileno. El trabajo está basado en información muy abundante sobre el proceso político y la opinión pública argentina, generada en nuestras propias investigaciones². A diferencia de lo que ocurre con la Argentina, la información que obtuvimos sobre Chile es fragmentaria, y tiene dos limitaciones: a) es incompleta, y puede no hacer justicia a otros estudios existentes; b) está tamizada por nuestra percepción e interpretación, siendo que no somos los autores de las investigaciones que generaron esos datos.

Estas limitaciones exigen definir este trabajo como una “exploración preliminar”. Si las hipótesis y las conclusiones del análisis son aceptables, podrá quedar definido un programa de investigación para superar esta instancia preliminar y profundizar el estudio comparativo del proceso político en los dos países.

¹ Un muy reciente resumen analítico de parte de la literatura se encuentra en Gerardo L. Munck: “La democratización en perspectiva comparada”, *Desarrollo Económico*, 36, 142 (1996).

² El Estudio Mora y Araujo, Noguera y Asociados viene realizando investigaciones de opinión pública política en la Argentina de manera ininterrumpida desde hace más de 13 años. Los datos referidos a la Argentina presentados en este trabajo son tomados de esa base de datos. A menos que se aclare otra cosa, corresponden a encuestas basadas en muestras de opinión pública de alcance nacional, generalmente sobre 800 casos.

1. Democracia y reforma económica: Chile y la Argentina

Las últimas décadas del siglo vienen signadas por dos procesos que en todas partes parecen acompañar la “globalización” del mundo: el proceso de *democratización política* y el proceso de *reforma de la economía*. La fuerza con que operan estos dos procesos se revela no solamente en su universalidad, sino también en que prácticamente han destruido en pocos años lo que el debate de ideas no pudo hacer en más de un siglo: las utopías modernas que buscaban el óptimo social a través del poder del Estado, los sueños de regímenes políticos no democráticos y de organizaciones macroeconómicas más “justas” que la democracia representativa y el capitalismo.

En el plano político, el proceso de cambio consistió esencialmente en el paso de una cultura política de la ingobernabilidad a una cultura democrática estable. La ingobernabilidad —la incapacidad de los gobiernos establecidos para administrar los conflictos de intereses— generó en casi todas las naciones no solamente la recurrencia a gobiernos militares, sino también una alta valoración del conflicto político como método y una generalizada preferencia por valores autoritarios —inclusive muchas veces en el seno de regímenes democráticos— y por liderazgos de estilo salvacionista. En la Argentina, la cultura política de la sociedad ingobernable generó además una acentuada preferencia por valores corporativos, en mayor medida de la registrada en Chile.

Bajo estos dos grandes pilares de la globalización —la democracia y la reforma de la economía— en América Latina fueron cayendo los ideales del socialismo colectivista a la latinoamericana, los regímenes militares, las economías cerradas con alto intervencionismo estatal y las ilusiones de integración regional cerrada.

En esos procesos, Chile y la Argentina aparecen como casos particularmente interesantes, porque representan dos instancias bastante puras de distintos modelos de transición. La comparación del proceso político chileno y el argentino permite un análisis en el que, al menos como proyecto, podemos diferenciar tres planos: (1) las *particularidades históricas* entre ambos países, (2) las diferencias en *el proceso de transición* en ambos países —las distintas “pautas” de la transición—, y (3) el *contexto internacional*.

En el segundo de esos aspectos, las características de la transición, Chile aparece como caso paradigmático de un tránsito muy precoz y exitoso a la economía de mercado, y la Argentina como caso paradigmático de una reforma económica profunda realizada dentro de un orden político ya democratizado.

Las diferencias históricas entre ambos países son bien conocidas. Chile ha sido tradicionalmente una de las democracias más vigorosas del continente, y su sistema político fue considerado siempre uno de los más modernos. Con el advenimiento del régimen militar, el caso chileno fue también prototípico del “iluminismo autoritario” de los años 70, y fue tomado como un posible modelo por aquellos sectores de nuestras sociedades más orientados hacia opciones políticas no democráticas.

La Argentina ha sido siempre lo más típico de la atipicidad. Alguna vez, hace más de 30 años, el economista Simon Kuznets clasificó a los países del mundo en cuatro tipos: los países ricos, los pobres, Japón y la Argentina. En el Congreso Mundial de Economía de México, en 1980, Paul Samuelson se refirió a este país como el caso más notable de éxito de una nación en las primeras décadas del siglo y el caso más notable de fracaso nacional después de la segunda guerra mundial.

Tanto Chile como la Argentina han conocido durante la primera mitad del siglo XX un crecimiento social relativo más alto que la mayor parte de las naciones latinoamericanas (sólo Uruguay y Costa Rica podían comparárseles), exhibiendo una estructura social con mayor predominio de las clases medias y una mayor homogeneidad étnica. No obstante, su desarrollo político difería en mucho.

Chile tuvo desde comienzos de este siglo una izquierda bien definida, organizada, políticamente competitiva, con sólidas raíces en las clases obreras; y tuvo además una derecha política fuertemente arraigada en la sociedad. Frente a ello, la Argentina careció siempre tanto de una izquierda como de una derecha fuertes, y en su lugar dio origen al extraño fenómeno del peronismo, algo que siempre fue difícil de comprender y caracterizar desde afuera (y también desde adentro). Bajo la inspiración del peronismo, la Argentina mantuvo en vigencia instituciones sociales de corte corporativo en mayor medida, y por más tiempo, que las demás naciones (siendo tal vez México el único caso asimilable en estos aspectos a la Argentina).

Después de la segunda guerra mundial ambas naciones atravesaron dificultades serias de gobernabilidad que pusieron en jaque a las instituciones de gobierno y generaron gravísimos riesgos de ruptura de la integración nacional. Ellas se generaron en la debilidad de los gobiernos constituidos para administrar los conflictos de intereses, y condujeron a la consecuente búsqueda de soluciones por la vía de los golpes de Estado y a la irrupción de la subversión terrorista. En definitiva, después de distintas alternativas políticas, tanto Chile como la Argentina emergen ahora en el escenario internacional como democracias estables, economías de mercado abiertas y creciente integración internacional.

2. Las pautas de la transición

Los rasgos más básicos de los procesos de la “transición” se ven ahora tan universales que parece vano el ejercicio de buscar explicaciones intrínsecas a cada nación. En términos muy generales, podemos decir que todos los países del continente atravesaron, en mayor o menor medida, situaciones similares en muchos aspectos.

La génesis de estos procesos en las situaciones propias de cada país guarda también muchas similitudes. Después de la segunda guerra mundial, y paralelamente a los esfuerzos de cada nación para integrar su economía a las nuevas condiciones internacionales, se generaron en casi todas las sociedades latinoamericanas crisis de gobernabilidad, realimentadas por los clivajes políticos internos y la confrontación casi inconciliable de dos visiones de la inserción de cada nación en el mundo: la que aceptaba las reglas del capitalismo internacional y la que reivindicaba la posibilidad de una mayor autarquía económica. En casi todas partes, la crisis de gobernabilidad dio lugar a golpes de Estado y a la instauración de regímenes militares orgánicos, y en casi todas partes emergieron grupos subversivos terroristas desafiando el orden político establecido. En casi todas partes, esos procesos fueron llegando a su agotamiento a comienzos de la década de los 80. En la Argentina esto ocurrió en 1982/1983, bastante antes que en Chile.

Entre tanto, el mundo entero comenzó a orientarse hacia el modelo económico de mercado capitalista y hacia la aceptación de valores económicos que antes de la crisis del petróleo en la década del 70 eran menos consensuales: equilibrio fiscal, estabilidad monetaria, desregulación de los mercados internos, apertura de las economías nacionales, búsqueda de integración a los mercados mundiales. Un hito decisivo en este plano lo constituyó la autodeclaración de fracaso del modelo colectivista por parte de la Unión Soviética y de China.

La salida de los regímenes militares tuvo lugar, por lo tanto, bajo un doble movimiento: el cambio político y el cambio económico. La pauta a través de la cual tuvieron lugar estos procesos no ha sido la misma en todas las naciones, y claramente no fue la misma en los casos de Chile y de la Argentina. Hoy creemos saber que la transición no tiene un camino único, pero para las ideas predominantes en el mundo en los años ochenta —cuando estos procesos se iniciaban— eso no resultaba para nada tan claro.

Podemos describir esas pautas en términos de caminos que van de los gobiernos militares a la actual situación de inserción internacional, pasando por políticas de ajuste y por la democratización política en distintas instancias y en distintos tiempos.

El Gráfico N° 1 resume nuestra hipótesis de la pauta chilena y la pauta argentina de la transición.

La diferencia significativa es que en el caso chileno la política de ajuste —instancia (2)— tuvo lugar antes que la democratización —instancia (3)—, en tanto en la Argentina ocurrió lo inverso.

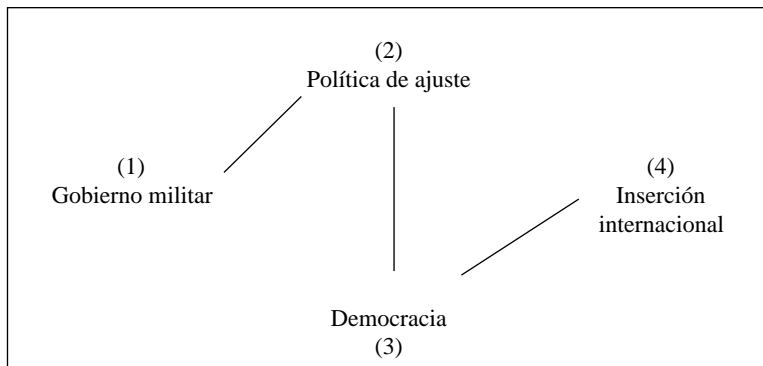
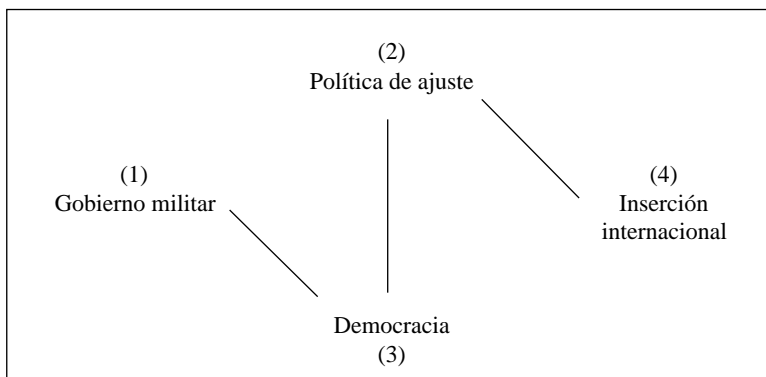
Estas hipótesis contienen algunas implicaciones interesantes. En su momento, resultaba frecuente la interpretación de que Chile pudo iniciar su reforma económica solamente porque tenía un régimen militar. La experiencia argentina fue una refutación de la idea de que sólo con gobiernos militares podía instrumentarse una política de ajuste. Aún más, la experiencia argentina refutó el supuesto ampliamente aceptado de que una política de ajuste era inexorablemente impopular y condenaba al fracaso político a los gobiernos democráticos que pudieran intentarla³.

Más allá de sus diferencias expresadas en esta hipótesis, el proceso de transición parece exhibir en Chile y la Argentina varios rasgos comunes:

- 1) La entrada a un orden político democrático se logró en ambos países de una manera no violenta y con alto consenso. En la Argentina el gobierno militar se autodisolvió voluntariamente, convocando a elecciones irrestrictas en 1983; años después, el gobierno en ejercicio dispuso el procesamiento judicial de los jefes militares que estuvieron involucrados en los gobiernos de facto. En Chile, el gobierno militar convocó en 1988 a un plebiscito para decidir si se retornaba o no a la democracia en 1988, perdió el plebiscito y acató el resultado, convocando a elecciones para 1989.
- 2) En ambos países el advenimiento de la democracia despertó gran entusiasmo cívico, y generó un alto consenso acerca de las reglas del juego político.
- 3) La reforma económica —iniciada en Chile por el gobierno militar y continuada por los sucesivos gobiernos democráticos, e iniciada en la Argentina por el segundo gobierno democrático después de profundas vacilaciones por parte del gobierno anterior— en ambos países contó con alto grado de consenso en la población.

³ Posteriormente, casi todos los países latinoamericanos aplicaron esas mismas políticas, y en general con resultados electorales muy exitosos. Esto contrarió la mayor parte del pensamiento predominante en los medios académicos de América Latina y también de Estados Unidos y Europa Occidental. Un estudio empírico que además es un excelente resumen de este extraordinario caso de refutación de teorías por los hechos más que por la investigación se encuentra en Carlos Gervasoni: "Economic policy and electoral performance in Latin America, 1982-1995". Tesis de Master, Center for Latin American Studies, Stanford University, septiembre 1995.

GRÁFICO N° 1: LAS PAUTAS CHILENA Y ARGENTINA DE LA TRANSICIÓN

a) *La pauta argentina*b) *La pauta chilena*

Como resultado de todo ello, tanto Chile como la Argentina parecen haber mejorado su posición en vistas a su integración al mundo, superando muchas de sus desventajas competitivas iniciales. Chile ha exhibido tasas de crecimiento sumamente altas, en tanto la Argentina recién comenzó a crecer significativamente a partir de la instrumentación del “plan de convertibilidad” en 1991. La crisis mexicana de fines de 1994 aparentemente impactó en mayor medida a la Argentina que a Chile —pero este efecto bien puede ser una consecuencia disimulada de la primera fase del ajuste, que en la Argentina coincidió con el “tequilazo” en tanto en Chile ocurrió varios años antes.

En ambos países los procesos políticos posteriores al ajuste también tienden a mostrar algunas semejanzas, en todo caso mucho mayores que las

grandes diferencias que se registraban en su historia política pasada. La evolución de la opinión pública parece desenvolverse por cauces muy similares, los antiguos alineamientos políticos parecen tender a diluirse, y crece el apoliticismo en la población.

En este trabajo nos interesa ahora explorar la evolución de la opinión pública en Chile y la Argentina y, a través del análisis comparativo, echar luz sobre las maneras en que la opinión pública ha acompañado esos procesos. Trataremos de extraer de este análisis algunas implicaciones acerca de lo que podemos esperar de la evolución política futura.

3. De los factores de poder a los límites al poder

La sociedad argentina está atravesando un período de cambio de valores de gran profundidad cuyas raíces se remontan a comienzos de la década del 80 y más precisamente después de la derrota de la guerra de Malvinas.

Luego de la segunda guerra mundial, la Argentina se caracterizó por vivir un alto grado de inestabilidad política, récord mundial de inflación de los últimos 30 años, una de las mayores hiperinflaciones del siglo, una guerra interna y una guerra externa finalizada en derrota, una de las tasas más bajas de crecimiento del producto nacional de los últimos 40 años, flujo sostenido de emigración en los últimos 20 años, economía informal cuya extensión ha sido estimada en el orden de magnitud del 50% de la población activa y del producto nacional. La brecha entre las aspiraciones de la población —cuyo crecimiento sostenido no se detiene desde fines del siglo pasado— y la posibilidad material de satisfacerlas está entre las más amplias del mundo. A la vez, las presiones distributivas en el seno de la sociedad se potenciaban por la existencia de fuertes factores de poder “corporativos” y un sistema de reglas que desincentivaba la inversión y los comportamientos productivos.

Hasta 1982 y durante mucho tiempo, los argentinos parecían aceptar ese estado de cosas con complacencia, pasividad o tolerancia. Existía un importante disenso social tanto con respecto a los medios para resolver los problemas más acuciantes de la economía como acerca de la orientación que deberían buscar las soluciones.

El cambio cultural se produce cuando la gente comienza a darse cuenta de que el orden establecido, las reglas de juego del momento no solucionan los problemas, que el sistema no funciona. Se inicia un cambio de valores y crece un nuevo consenso respecto de los valores sostenidos y

del modelo perseguido por la sociedad. Los argentinos comienzan a buscar una sociedad más acorde con el contexto mundial, más moderna, más integrada al concierto de las naciones. Se adoptan valores universalistas y se demanda un capitalismo democrático.

Ese cambio de mentalidad ha sido el sustento de la transformación y de los logros obtenidos en los últimos años (estabilidad institucional y estabilidad económica).

La transformación cultural que ha acompañado estos procesos de la transición parece ser muy profunda. En los dos planos, el de las instituciones de gobierno y el de la organización de la economía, cambiaron valores generales y pautas de conducta microeconómicas o individuales.

En la cultura anterior prevalecían, en mayor o menor medida, valores “estatistas” y valores “corporativos”. La visión de la sociedad era la de una organización de *factores de poder*. En la cultura que está emergiendo prevalecen los valores del “mercado” y la “sociedad civil”. La visión de la sociedad está centrada más bien en la noción de los *límites al poder*.

Disponemos de una serie de datos relativos a la Argentina que ilustran algunos de estos aspectos y revelan la magnitud del cambio en el paso de una cultura centrada en la noción de “factores de poder” a una cultura centrada en la noción de “límites al poder” (véase Cuadro N° 1).

En el comienzo de la serie, a principios de la década de los 80, los segmentos de población que valoraban el intervencionismo de Estado, sindicatos fuertes y militares fuertes eran relativamente numerosos. Con los años, el tamaño de esos segmentos fue disminuyendo, creciendo en cambio los segmentos más orientados a preferencias por un orden social no corporativo.

Así, por ejemplo, en 1985 un 13% de los argentinos valoraban el modelo estatista, pro sindicalista y pro militar —ellos constituían el segmento que denominamos “corporativista”. En 1994 ese segmento congregaba al 5% de la población. En el otro extremo, en 1985 un 16% se situaba en las antípodas de ese modelo, valorando la economía privada, sin sindicatos fuertes y sin militares fuertes. Ese segmento —lo denominamos “anticorporativo”— había crecido en 1994 hasta comprender al 34% de la población.

El segundo segmento más numeroso pasó a ser el de quienes prefieren un orden privado sin sindicatos fuertes, pero valoran a los militares fuertes —lo llamamos “pinochetista”. Asimismo creció el segmento con preferencias estatistas pero antisindical y antimilitar.

CUADRO N° 1: SEGMENTOS DE PREFERENCIAS INSTITUCIONALES
(Imagen institucional del Estado, los sindicatos y los militares)

Argentina

Segmentos	Denominación	Abr. 1985	Jun. 1988	Set. 1990	Abr. 1991	Dic. 1994
Estatista Pro sindicatos Pro militar	Corporativista	13	6	7	8	5
Estatista Pro sindicatos Antimilitar	Justicia social	12	10	5	6	3
Estatista Antisindicatos Pro militar	Estatista pro militares	5	3	5	7	7
Estatista Antisindicatos Antimilitar	Estatista anticorporativo	9	9	6	9	14
Privatista Pro sindicatos Pro militar	Desarrollista	21	16	19	17	12
Privatista Pro sindicatos Antimilitar	Neoperonista	14	15	10	8	6
Privatista Antisindicatos Pro militar	Pinochetista	10	13	20	124	19
Privatista Antisindicatos Antimilitar	Anticorporativo	16	28	28	31	34
		100	100	100	100	100

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

La sociedad se movió a lo largo de un eje de preferencias “corporativo-no corporativo”.

En la Argentina de hoy en día, en el cuadro de las preferencias institucionales que incluye diversos grupos sociales, los más valorados son: periodistas, encuestadores, agricultores, comerciantes e industriales. Las valoraciones más bajas corresponden a los sindicalistas, los militares y los partidos políticos. Se destaca en ese cuadro la alta valoración que reciben grupos institucionales como el de los “periodistas” y el de los “encuestadores” —esto es, aquellos cuya función percibida es poner límites al poder (véase Cuadro N° 2).

En Chile se dispone igualmente de un cuadro de valoraciones de distintos grupos institucionales (véase Cuadro N° 3). Aunque desde luego hay diferencias en esas valoraciones con respecto a la situación argentina —por ejemplo, en Chile encabezan el ranking de preferencias “grupos anticontaminación”—, la prensa es muy valorada en ambos países (en Chile particularmente la prensa radial), y también lo es el sector de “computadoras” —presumiblemente equivalente al de los “encuestadores” en la Argentina. Los sindicalistas son mejor valorados en Chile que en la Argentina, mientras los políticos obtienen las valoraciones más bajas.

En resumen, en ambos países observamos una valoración positiva de los sectores de la sociedad cuya función parece consistir en establecer límites al ejercicio del poder político.

CUADRO N° 2: VALORACIÓN DE GRUPOS SOCIALES
(Total nacional, diciembre de 1994)

Argentina

	Positiva %	Negativa %
Periodistas	79	3
Encuestadores	76	0
Ganaderos y agricultores	74	1
Comerciantes	74	1
Industriales	68	2
Obispos y sacerdotes	56	5
Jueces	55	7
Banqueros y financistas	53	5
Partidos políticos	47	8
Militares	38	9
Sindicalistas	23	21

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

CUADRO N° 3: VALORACIÓN DE GRUPOS SOCIALES
(Percepción de la influencia de algunos grupos, medios
de comunicación o tecnologías)

Chile

	Positiva %	Sin influencia %	Negativa %
Grupos ecologistas	90,0	7,5	2,5
Computadores	88,3	9,1	2,6
Radio	83,4	13,8	2,8
Escritores e intelectuales	82,7	14,7	2,5
Noticiarios de TV	77,3	14,8	7,8
Iglesia Católica	72,5	19,4	8,1
Inversión extranjera	69,4	22,0	8,2
Diarios	66,4	23,6	10,0
Televisión	55,8	23,4	20,7
Publicidad	53,5	28,8	17,6
Sindicatos	50,5	28,3	21,2
Iglesias evangélicas	46,1	36,9	17,0
TV por cable	35,8	42,9	21,1
Telenovelas	20,2	33,9	45,9
Música rock	19,5	23,6	43,6
Partidos políticos	15,3	30,2	54,3

Fuente: Adimark, Estudio de Opinión Pública, *La Segunda*, julio 1996.

4. El cambio de mentalidad: Las actitudes frente a los asuntos públicos

El cambio de mentalidad producido en la Argentina se verifica también en distintas dimensiones de actitudes relativas a los asuntos públicos. Las líneas directrices del cambio se produjeron en la Argentina en los planos de las actitudes macroeconómicas, políticas, institucionales y de política exterior, y se reflejaron en los cambios registrados en las prioridades de la agenda pública.

4. 1. Valores macroeconómicos

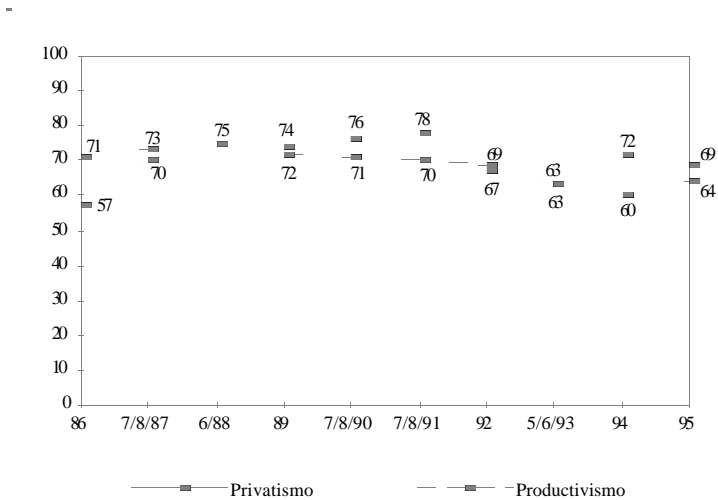
a) En esta dimensión, la población se ha ido inclinando a lo largo de estos años hacia valores privatistas, productivistas y favorables al adveni-

miento de capitales extranjeros. Los datos presentados a continuación muestran esto en números (véanse Cuadro N° 4 y Gráfico N° 2) y si bien se observa un leve descenso en el apoyo a estas tendencias en los últimos tiempos —que atribuimos principalmente a lo que se llama más comúnmente desgaste de gestión—, aún hoy más de la mitad de la población favorece estas tendencias.

CUADRO N° 4: OPCIONES DE ACUERDO Y EN DESACUERDO CON QUE VENGAN INVERSIONES EXTRANJERAS

	Oct. '85 %	Nov. '86 %	Abril '90 %	Dic. '91 %	Marzo '92 %	Agosto '93 %
De acuerdo	55	51	72	84	79	78
En desacuerdo	45	49	28	16	21	22
Total	100	100	100	100	100	100

GRÁFICO N° 2: NIVEL DE PRIVATISMO/PRODUCTIVISMO. TENDENCIA HISTÓRICA



Lo dicho no implica la desaparición de expectativas con respecto al Estado sino una redefinición de su rol. Frente a las empresas privatizadas la población espera un Estado contralor, no ya que provea los servicios, pero sí que controle a quienes proveen de servicios que en su definición son públicos.

b) La inflación fue durante muchos años el principal factor de preocupación de los argentinos. Esta demanda ha sido satisfecha con el plan de estabilidad, dando lugar a nuevas demandas. Estas, en el plano social, están lideradas por el problema de la desocupación. El índice de desocupación actual de la Argentina es récord, alrededor del 18% en mayo de 1995 según datos del INDEC. Este problema es seguido en la agenda pública por los bajos salarios, la educación y los jubilados.

4. 2. Valores políticos e institucionales

a) Un sostenimiento de las actitudes democráticas, con rechazo de toda propuesta o conducta que implique una amenaza al orden institucional.

La democracia fue la demanda prioritaria inicial del proceso de transformaciones. La sociedad buscó, con un altísimo consenso, consolidar un orden institucional democrático estable. Esto significó no solamente poner fin a los golpes de Estado, sino, como se mencionó anteriormente, un cambio de expectativas respecto a qué grupos podrían solucionar los problemas del país. Un alejamiento de la estructura corporativista que hasta ese momento regía en la Argentina y una estructura de valores alejada de la intolerancia y de la visión confrontativa del bien y el mal como principios ordenadores de la vida política.

b) En paralelo a esta aceptación del orden institucional se observa un deterioro de la imagen de los partidos políticos y de los dirigentes. En compensación a esto se percibe un aumento de las organizaciones intermedias sin fines de lucro. La sociedad ya no se maneja directamente entre el pueblo y los dirigentes (con la mediación de los punteros y activistas partidarios), hay una mayor diversificación en el tejido social. Aparecen organizaciones intermedias y nuevos grupos sociales (encuestadoras, periodistas) que median entre los políticos y la sociedad y que se ocupan de muchos de los aspectos que esta sociedad reclama.

Este tejido social más complejo y más descentralizado (ya no caracterizado por una estructura corporativista) junto con el sostenimiento de

valores comunes permiten una sociedad más armada, más preparada para enfrentar circunstancias difíciles que antes degeneraban en crisis (hiperinflaciones, efecto tequila, renuncia de Cavallo).

c) Las demandas de estilo hacen referencia a la forma de hacer las cosas que se espera de los gobernantes. Se busca mayor transparencia, buenos administradores y menos líderes carismáticos, más profesionalismo y menos amiguismo, etc. Este eje de demandas viene creciendo y está empezando a ser una exigencia. Esto se observó en las dos últimas elecciones de la Capital Federal donde Graciela Fernández Meijide y Fernando de la Rúa obtuvieron gran apoyo. Estos dirigentes representan ese nuevo estilo.

4. 3. Valores relativos a la política exterior

a) La política exterior es otro aspecto en la vida política de los argentinos donde se han reflejado cambios profundos. En 1984 el gobierno del presidente Alfonsín sometió a la ciudadanía la decisión sobre la aceptación del laudo papal en el diferendo limítrofe con Chile por el canal Beagle. Para gran sorpresa de muchos, el resultado del plebiscito fue una masiva aprobación al tratado, lo cual representaba una frustración a los reclamos argentinos en la zona. En los años posteriores continuaron los cambios y los argentinos fueron mudando sus preferencias a estrechar vínculos con los países más desarrollados.

b) A fines de 1991 un estudio sobre los argentinos y las relaciones exteriores⁴ revelaba que las manifiestas preferencias por estrechar vínculos con el bloque de países más desarrollados se debían principalmente a conveniencias puramente pragmáticas. Estados Unidos era elegido por ser considerado “una potencia económica” y quienes seleccionaban a Japón o a Europa Occidental esgrimían principalmente razones como “su tecnología de avanzada” y “su desarrollo económico” (véase Cuadro N° 5).

El hecho que Latinoamérica no sea ya la prioridad como lo era a principios de los años 80 no implica que haya perdido importancia. Los argentinos están hoy preparados para la regionalización y hay una gran aceptación del Mercosur e incluso del ingreso de Chile a este bloque. Hay que tener en cuenta que Chile es un país que despierta sentimientos encon-

⁴ Manuel Mora y Araujo, Graciela Di Rado y Paula Montoya: “La política exterior y la opinión pública”, en Roberto Russell (comp.) *La política exterior argentina en el nuevo orden mundial* (Buenos Aires: Flacso/Nuevo Grupo Editor, 1992).

trados en la Argentina, admirado por su progreso económico y recelado por los diferendos limítrofes.

c) Cabe subrayar que tanto en la Argentina como en Chile la política exterior es el área de la gestión de gobierno que tiende a recibir mayor tasa de aprobación en la población.

CUADRO N° 5: PAÍSES O BLOQUES CON LOS QUE ARGENTINA DEBERÍA ESTRECHAR VÍNCULOS (en %)

Argentina

	Oct. 85	Ag. 87	Abr. 89	Dic. 90	Dic. 91	Jul. 92	Dic. 94
EE.UU., Europa							
Occidental y Japón	40	44	53	61	70	58	54
América Latina	42	36	22	20	15	19	18
U.R.S.S.-Comunistas	4	4	5	3	2	1	2
Tercer Mundo	3	4	3	2	1	2	1
No opinan	11	13	18	15	13	20	25
Total	100	101	101	101	101	100	100

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

4. 4. Las fuerzas armadas

La imagen institucional de los militares en la Argentina se estabilizó en un nivel relativamente bajo, después de un período en que el desprestigio se había acentuado, a poco de asumir el gobierno constitucional en 1983 y de los juicios públicos a los principales jefes del gobierno militar.

No disponemos de datos comparables relativos a la imagen de la institución militar en Chile. El hecho es que en Chile el rol institucional de las fuerzas armadas alcanza notoriamente un mayor relieve y refleja una situación de compromiso más formal en términos de la transición entre el régimen militar y el régimen constitucional, en tanto en la Argentina las fuerzas armadas quedaron plenamente subordinadas al poder político, y sufrieron además sensibles recortes presupuestarios. No podemos extraer conclusiones acerca de la imagen comparada de los militares en ambos países en relación con esas diversas situaciones.

Los datos de los cuadros N°s 6 y 7 sugieren que la valoración que hace la población de la gestión de cada gobierno en el plano militar es muy similar en ambos países. Una mayoría de la población valora “regular” o “mal” la gestión de los respectivos gobiernos en lo relativo a los asuntos militares.

CUADRO N° 6: ACTUACIÓN DEL GOBIERNO FRENTE A LAS FUERZAS ARMADAS

Chile, noviembre de 1995

Con destreza y habilidad	37%
Sin destreza y habilidad	48%
No sabe/no contesta	14%
Total	99%

Fuente: CEP, Estudio Nacional de Opinión Pública, noviembre 1995

CUADRO N° 7: ¿CÓMO CREE QUE ESTÁ MANEJANDO EL GOBIERNO LA CUESTIÓN MILITAR?

Argentina, marzo de 1995

Muy bien/bien	25%
Regular	27%
Mal	21%
No sabe/no responde	27%
Total	100%

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados, marzo de 1995.

4. 5. Confianza en el futuro

Si se mide la confianza en el futuro mediante el indicador de optimismo/pesimismo a un año plazo, la evolución de las series a lo largo de los últimos años resulta extremadamente similar en ambos países (Gráficos N° 3 y 4). En 1995 un 38% de la población tanto en la Argentina como en Chile se muestra optimista, y aproximadamente un 20% pesimista.

GRÁFICO N° 3: NIVEL DE OPTIMISMO/PESIMISMO-PERSONAL-ARGENTINA

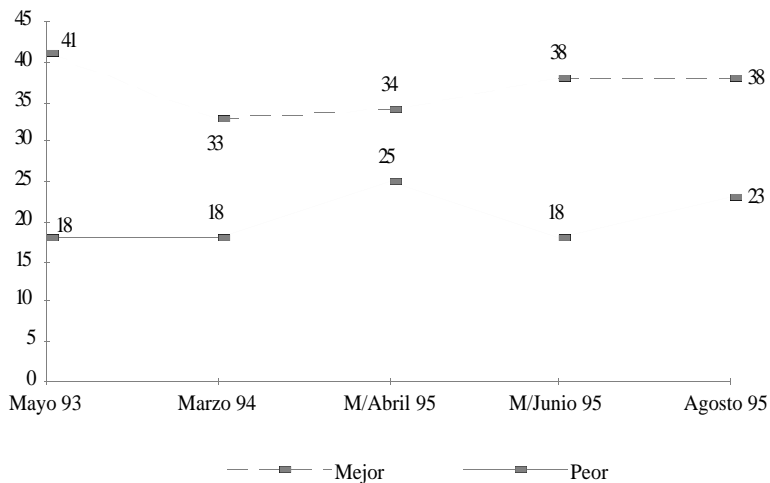
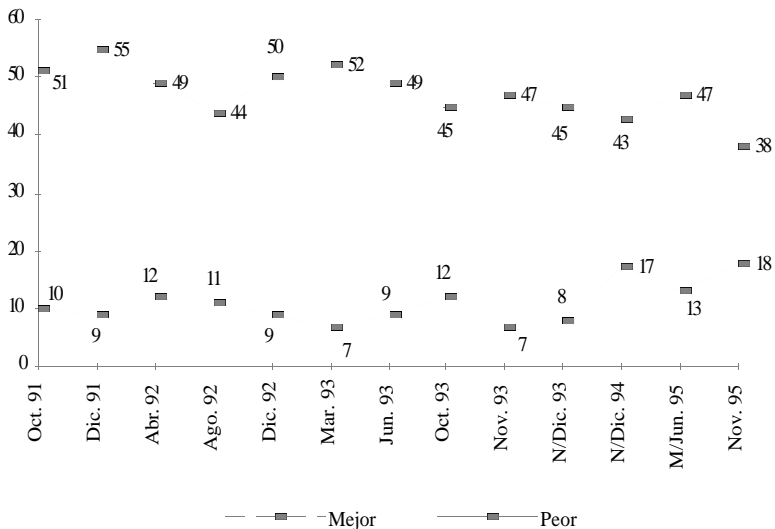


GRÁFICO N° 4: NIVEL DE OPTIMISMO/PESIMISMO-PERSONAL-CHILE



Las curvas son sumamente estables a través del tiempo en ambos países. En Chile se observa una ligera caída del optimismo recién en 1995, en tanto el pesimismo comienza a subir ya en 1994. En la Argentina la tendencia es más estable, con algunas fluctuaciones.

En ambos países el optimismo está correlacionado con apoyo a las políticas del gobierno. En la Argentina este efecto parece más fuerte que en Chile, revelando que el gobierno argentino reposa en mayor medida en el éxito de las políticas que alimentan al segmento social que tiene confianza en el futuro que en el caso chileno, donde el apoyo al gobierno puede relacionarse con otros factores.

CUADRO Nº 8: ¿USTED CREE QUE EN EL MOMENTO ACTUAL CHILE ESTÁ PROGRESANDO, ESTANCADO O EN DECADENCIA?

Chile, 1995

	Nivel socioeconómico			Posición política			
	Alto	Medio	Bajo	Der.	Centro	Izq.	Indep.
Progresando	66	46	40	41	53	51	34
Estancado	27	39	43	41	37	35	47
En decadencia	6	11	14	16	10	12	12

Fuente: CEP, Estudio Nacional de Opinión Pública, noviembre de 1995.

En la Argentina el grado de optimismo es notablemente independiente del nivel económico social de la población, lo que no parece ser el caso en Chile, donde el optimismo es mayor en los estratos sociales altos (Cuadro Nº 8). Los datos del Cuadro Nº 9 ilustran los cambios en la confianza registrados en la sociedad argentina entre 1988 (año previo a las elecciones presidenciales, ya con fuerte pérdida de respaldo por parte del gobierno del presidente Alfonsín), 1992 (año de consolidación plena del “plan de convertibilidad”) y 1995 (recesión y efecto “tequila”). Los niveles de confianza se mueven a lo largo del tiempo, pero lo hacen con casi absoluta independencia del nivel socioeconómico.

CUADRO N° 9: OPTIMISMO/PESIMISMO SEGÚN NIVEL ECONÓMICO SOCIAL
¿Cómo estará la Argentina dentro de un año?

Argentina, 1988

	Nivel económico social			Total %
	Alto %	Medio %	Bajo %	
Mejor	15	19	17	17
Igual	41	28	31	34
Peor	44	53	52	49
Total	100	100	100	100
No sabe/no responde	(4)	(4)	(4)	(4)

Argentina, 1992

	Nivel económico social			Total %
	Alto %	Medio %	Bajo %	
Mejor	47	48	45	47
Igual	38	33	29	33
Peor	16	19	27	20
Total	101	100	101	100
No sabe/no responde	(8)	(7)	(6)	(7)

Argentina, 1995

	Nivel económico social			Total %
	Alto %	Medio %	Bajo %	
Mejor	23	25	28	26
Igual	47	46	44	45
Peor	30	29	28	29
Total	100	100	100	100
No sabe/no responde	(8)	(11)	(8)	(9)

Fuente: Mora y Araujo, Noguera Asociados.

5. Los valores morales

Argentina tuvo un debate amplio sobre el divorcio en oportunidad de la discusión y tratamiento parlamentario de la ley de divorcio en 1984. Desde entonces, el tema fue perdiendo vigencia; sin embargo, ocasionalmente resurge la temática del aborto y el comportamiento sexual. Disponemos de datos de opinión pública argentina para 1989 relativos a actitudes hacia el divorcio y hacia el aborto, y los comparamos con datos chilenos del estudio de opinión pública del CEP en 1995, según el análisis de Hinzpeter y Lehmann⁵.

Estas autoras analizaron actitudes hacia el divorcio, relaciones sexuales prematrimoniales y trabajo de la mujer.

Aun cuando median seis años entre los datos de uno y otro país, la similitud de las distribuciones llama la atención: un 26% se opone al divorcio en Chile, un 28% en la Argentina; un 49% se opone al aborto en Chile, un 61% en Argentina

Los datos argentinos nos permiten construir un índice de actitudes en el continuo “liberal-conservador”, combinando divorcio y aborto. Este índice segmenta a la población en tres partes casi iguales: 28% “liberales” (favorables a ambos), 30% “moderados” (36% apoyan el divorcio pero no el aborto y 3% a la inversa), 25% “conservadores” (opuestos a ambos), 8% indefinidos.

Hinzpeter y Lehmann buscan confirmar la hipótesis de que el conservadorismo aumenta a medida que se desciende en nivel educacional. En la Argentina utilizamos, en lugar de educación, un índice del nivel económico social, y encontramos una correlación en la misma tendencia. Disponemos asimismo de datos comparables sobre edad, sexo, posición política y asistencia a misa.

Las conclusiones son inequívocas: tanto en Chile como en la Argentina hay más conservadorismo moral en las clases bajas (cuadros N° 10 y 11). En ambas sociedades, el efecto del nivel socioeconómico/nivel educacional sobre las actitudes morales es más fuerte que el efecto de la posición política.

En la Argentina, donde disponemos de datos para cinco variables (véase Cuadro N° 12) el nivel socioeconómico produce una diferencia porcentual de 39 en conservadorismo moral, en tanto la edad y el sexo son

⁵ Ximena Hinzpeter y Carla Lehmann: “¿Dónde están las fuerzas conservadoras en la sociedad chilena?”, *Estudios Públicos*, 60 (primavera 1995).

CUADRO N° 10: CONSERVADORISMO MORAL SEGÚN NIVEL ECONÓMICO SOCIAL
(en %)

Argentina

	Nivel económico social				
	Bajo	Medio bajo	Medio	Medio alto	Alto
Conservadores	46	32	23	16	7
Moderados/indéf.	37	46	53	46	43
Liberales	17	22	24	38	50

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

CUADRO N° 11: ACTITUDES HACIA EL DIVORCIO SEGÚN EDUCACIÓN

Chile

	Nivel educacional (años)			
	0-3	4-8	9-12	13 y más
% en contra de la legalización del divorcio	49	37	17	16

Fuente: Hinzpeter y Lehmann, “¿Dónde están las fuerzas conservadoras en la sociedad chilena?”, *Estudios Públicos*, 60 (primavera 1995).

absolutamente independientes de éste. La religiosidad (católica) y la posición política producen un efecto significativo, pero menos pronunciado que el nivel socioeconómico.

En resumen, en ambas sociedades los clivajes culturales más fuertes pasan por la posición social o la educación.

CUADRO Nº 12: EFECTO DE DISTINTAS VARIABLES SOBRE EL NIVEL DE CONSERVADORISMO MORAL

Argentina

		Conservadores %	Diferencia*
Nivel económico social	bajo	46	39
	alto	7	
Política	derecha	32	27
	izquierda	5	
Misa	habitualmente	41	26
	nunca	15	
Edad	18-20	25	3
	56 y más	28	
Sexo	masculino	25	0
	femenino	25	

* Diferencia porcentual en la proporción de conservadores entre los valores extremos de distintas variables.

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

CUADRO Nº 13: CONSERVADORISMO MORAL SEGÚN POSICIÓN POLÍTICA

Argentina

	Posición política					
	Der./					
	Der.	PJ	Ning.	Radicales	UCR	Izq.
% conservadores	32	29	29	16	9	5

Fuente: Mora y Araujo, Noguera y Asociados.

La relación entre la posición política y los valores morales es menos lineal de lo que podría sugerir una presentación simplificada de los datos. Los datos de Chile revelan el más alto nivel de conservadorismo moral en la derecha, pero el más bajo en el centro y no en la izquierda (véase Cuadro N° 14). En la Argentina el continuo moral va de la derecha a la izquierda pasando por justicialistas y radicales, pero hay un segmento de centro derecha proclive a la UCR —cuyo tamaño en la población es pequeño, 4%— que exhibe bajísimo nivel de conservadorismo. El relativamente mayor conservadorismo de la izquierda chilena que de la argentina seguramente se explica por el hecho de que ésta es, en la Argentina, más pequeña y de más alto nivel educacional que en Chile.

CUADRO N° 14: ACTITUDES HACIA EL DIVORCIO SEGÚN POSICIÓN POLÍTICA

Chile

	Centro	Izq./ centro izq.	Ninguno	Der./ centro derecha
% en contra (ídem Cuadro N° 2)	20	22	28	31

Fuente: Hinzpeter y Lehmann, “¿Dónde están las fuerzas conservadoras en la sociedad chilena?”, *Estudios Públicos*, 60 (primavera 1995).

La mayor reserva de valores morales conservadores, tanto en la Argentina como en Chile, se encuentra en las clases bajas y en las capas de baja educación. Sólo parcialmente se ve ésta reforzada por la religiosidad y el conservadorismo político. A tal punto esto es así que en Chile el conservadorismo moral aparece más alto entre los evangélicos —cuyo nivel educacional tiende a ser más bajo— que entre los católicos.

6. Política y representación de intereses

Hasta la aparición de los regímenes militares, en la década de los 70, los mapas políticos de la Argentina y Chile diferían apreciablemente.

Chile ha sido un país paradigmáticamente democrático, y a la vez un país con una izquierda fuerte y bien constituida. De hecho, Chile es el único caso en América Latina que registra en su historia reciente un intento serio de establecer un gobierno socialista por la vía electoral competitiva. Chile también ha contado con una derecha conservadora políticamente competi-

va. Por el contrario, la Argentina ha sido un país paradigmáticamente inestable, con recurrente propensión a generar golpes de Estado. En la Argentina no ha habido una izquierda fuerte, y desde la segunda guerra mundial tampoco ha habido una derecha fuerte; el peronismo deglutió a ambas por igual.

Un examen de las tendencias electorales de largo plazo sugiere que Chile proviene de una tradición política pluripartidista, que se ha mantenido muy estable a través del tiempo, y parece estar buscando, en los últimos años, nuevas formas de bipartidismo —básicamente, a través de la Concertación que unifica al socialismo y la democracia cristiana, y tiende a formar un bloque que de hecho bipolariza el espacio político.

Los datos electorales presentados en este mismo seminario por Samuel Valenzuela⁶ sugieren esa visión.

La Argentina, por el contrario, ha mantenido desde 1946 una situación de fuerte bipolarización política, la cual se puso de manifiesto una vez más en las primeras elecciones en el ciclo democrático abierto en 1982. Pero la tendencia es claramente hacia la diversificación, con una proporción creciente de votos que se dirigen hacia terceras fuerzas. Los gráficos N° 5 y 6 ilustran esta tendencia.

En verdad, en la Argentina el peronismo es una fuerza política sumamente estable. Su caudal electoral parece tan estable como si estuviese cristalizado; a su alrededor todo puede cambiar y, de hecho, cambia, generándose así los cambios políticos.

Otro aspecto en el cual las situaciones de Chile y la Argentina muestran algunos contrastes sugerentes es el de la capacidad de las fuerzas políticas de ejercer la representación de intereses sociales.

Mientras la coalición menemista en la Argentina actual muestra, en términos de su perfil de apoyos socioeconómicos, una pauta nítidamente en forma de U —esto es, más apoyo en las clases más bajas y en las más altas—, el caso de Chile parece más clásico, con una relación más lineal entre posición socioeconómica y apoyo al gobierno.

De hecho, el perfil socioeconómico de la coalición menemista en la Argentina actual es el resultado de un cambio profundo con respecto a lo que fueron históricamente las bases sociales del peronismo. Menem cambió la composición de la coalición peronista, incorporando a las clases altas a la

⁶ Samuel Valenzuela, trabajo presentado en seminario “Argentina/Chile: Desarrollos paralelos”, Instituto del Servicio Exterior de la Nación, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires, agosto de 1996.

GRÁFICO Nº 5: TENDENCIA HISTÓRICA DEL VOTO POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS POLÍTICOS (nivel agregado nacional-presidente)

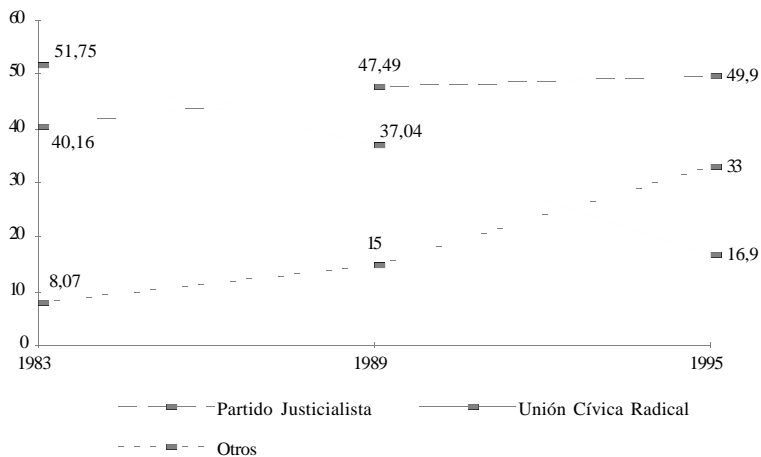
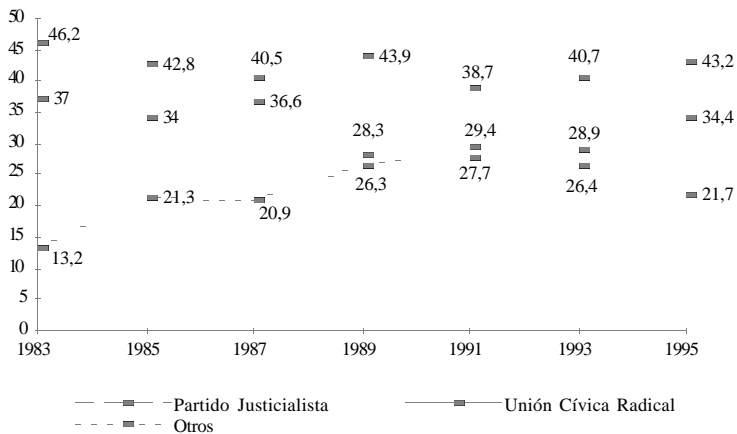


GRÁFICO Nº 6: TENDENCIA HISTÓRICA DEL VOTO POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS POLÍTICOS (nivel agregado nacional-diputados)



misma. El precio que pagó por esta transformación fue relativamente exiguo, como lo demostraron los resultados de la elección presidencial de 1995, donde conservó el 50% de los votos y un fortísimo respaldo en las clases más bajas.

El monolítico predominio del peronismo en las clases bajas argentinas —tanto en la clase obrera organizada sindicalmente como en los segmentos más marginales— no tiene parangón en el cuadro actual de la política chilena. El perfil de las bases sociales del gobierno de Menem permiten equipararlo al de una coalición conservadora en cualquier lugar del mundo: respaldo en los segmentos altos y en los bajos, mayor debilidad relativa en las clases medias. Ese perfil de coalición de derecha es en Chile más débil, y el centro de gravedad parece encontrarse en una coalición más heterogénea con predominio de las clases medias.

En todo caso, en Chile gobierna una coalición de partidos centristas —con componentes que clásicamente podrían ser considerados tanto de centroizquierda como de centroderecha— sostenida por las clases medias; en la Argentina el electorado de clase media está fragmentado y gobierna una coalición de perfil conservador con respaldo de las clases altas y votos de las clases bajas.

7. ¿Hacia dónde vamos?

El proceso de cambio político que estamos describiendo coloca a la dirigencia política ante nuevos desafíos.

“[A]lgo nuevo está ocurriendo en la política. El diagnóstico sería que hay nuevas demandas emergentes, nuevos conflictos que reemplazan a los anteriores, nuevos lineamientos para las preferencias e identificaciones de la población. Y, para la clase política, el riesgo de quedarse anclados a las viejas disyuntivas y perder el contacto con las verdaderas preocupaciones de la población”⁷.

El ambiente público está impregnado de estas “nuevas demandas”.

En lo económico, advertimos que esta nueva legitimidad de la economía de mercado genera expectativas en el plano de la integración de las comunidades a las que pertenece la gente. Un orden social basado en mayor

⁷ Roberto Méndez, “Nuevas dimensiones en la política chilena”, *Estudios Públicos* 45, pp. 229-243.

medida en el intercambio y en menor medida en el poder busca nuevos mecanismos de integración horizontal de los individuos, del mismo modo que el orden basado en el intervencionismo estatal genera mecanismos de integración vertical y vínculos corporativos.

Se espera menos del Estado, pero no se espera menos de la capacidad colectiva de generar respuestas a los problemas sociales. En lo político, la erosión en la confianza en los partidos va unida a nuevas demandas de participación ciudadana, con más énfasis en la esfera local que en la nacional.

Podemos decir que la aceptación de la globalización trae a la vez una revitalización de lo local.

La cultura política que está emergiendo se asienta en estos rasgos que parecen constituir el meollo de la nueva “normalidad”:

- Integración económica internacional.
- Inversión privada plenamente legitimada.
- Creciente apoliticismo. Pérdida del carácter “sagrado” de la política.
- Valoración de estructuras e instituciones capaces de establecer límites al ejercicio del poder de los gobernantes.
- Percepción de canales participativos cívicos, asociativos, pero no partidarios (el “tercer sector” de Peter Drucker⁸).

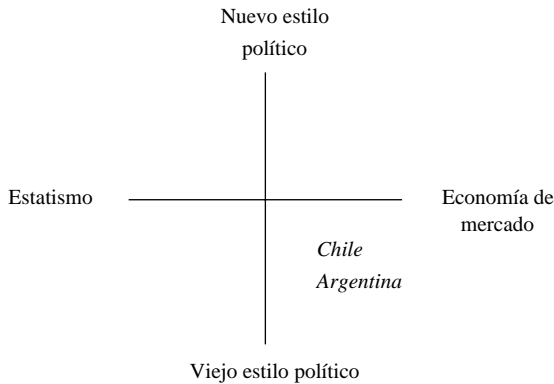
El proceso de la transición de esta década puede ser definido en términos de una sucesión de vectores de cambio. El primero fue el vector de la democratización. El segundo fue el vector de la reforma de la economía, aún vigente. Luego vienen dos vectores que son todavía incipientes: uno de ellos consiste en la profundización de las reformas institucionales —comprendiendo tanto aspectos puramente legales o normativos (reelección presidencial, aspectos del ejercicio de la representación democrática, relaciones entre el Ejecutivo, el Congreso y la Justicia—; el otro vector resume aspectos de lo que llamamos el “estilo político”: valores morales —corrupción, abuso de poder—, calidad de la representación, estilo de liderazgo.

Si definimos un mapa sobre la base de dos de esas dimensiones: la económica y la del estilo, podemos situar tanto a Chile como a la Argentina

⁸ Una referencia sumamente interesante a los nuevos valores de participación se encuentra en el referido artículo de Roberto Méndez: en lo relativo al eje valorativo “individualismo-participacionismo”, con predominio de valores volcados más bien hacia este último polo, “las clasificaciones políticas tradicionales se cruzan y sobreponen entre sí” —esto es, se encuentra alto participacionismo tanto en la izquierda como en el centro y en la derecha. Un análisis en esta dirección referido a la Argentina puede encontrarse en Manuel Mora y Araujo “El tiempo de la acción voluntaria”, *La Nación*, 21 de mayo de 1996.

en el cuadrante de la economía de mercado y del “viejo estilo político” (Gráfico N° 7). Ambas sociedades vienen de una economía estatizante, y en ambas las fuerzas sociales actuales buscan proseguir el camino del cambio en dirección a un estilo “nuevo”.

GRÁFICO N° 7



Chile y la Argentina vienen de historias distintas, pero sus caminos están en convergencia.

Las experiencias de los años de la crisis de gobernabilidad de la posguerra acercaron sus caminos, y la globalización de este fin de siglo está terminando de hacer lo suyo en la misma dirección.

Por otra parte, la voluntad de integración regional —formalmente el Mercosur y los tratados bilaterales, y los flujos comerciales, de capitales y de management— nos está unificando.

Todo esto tiene el aspecto de comenzar otra historia. □